

Moda, Lujo y decepción

A propósito de las actuales pasarelas de Colombia Moda

Por: FABIAN SANABRIA, PhD

Director General del ICANH

Hasta hace poco, la historia de las modas y, en particular la del vestido, mostraba que ésta se había producido en relación con la pertenencia a ciertas clases sociales, cuya función era equiparable a trazar un círculo en torno a sí, al tiempo que éste nos separaba de los demás. Una suerte de afirmación grupal que, uniendo y diferenciando, determinaba un contrapunto como condición de su realización: “somos los que estamos y estamos los que somos”.

El sociólogo alemán Georg Simmel, decía que en toda actividad humana “percibimos algo que no llega a expresarse por completo”, debido a significativas tensiones entre individuo y colectividad, que subrayan una permanencia en el cambio. Algo así como apegarse a lo existente queriendo ser como los demás y, al mismo tiempo, pretender acceder a formas de vida nuevas enalteciendo un “estilo personal”.

En ese horizonte, la moda se concebía como imitación de un modelo que proporcionaba satisfacción a la necesidad de apoyo social, conduciendo al individuo al mismo camino por el que todos transitaban, y facilitando una pauta que hacía de la conducta de cada quien un ejemplo de ella.

En nuestros días, la asociación entre moda y consumo que ha traspasado a las clases sociales, pareciera tener un poder que trasciende las necesidades, exaltando la arbitrariedad de lo frívolo, simplemente porque se impone. Más allá de la comodidad, del buen precio y aun del prestigio contenido en la marca, ciertas tendencias se vuelven indiscutibles y, en su trasegar efímero, corroboran la máxima que señala cómo “lo anómico de hoy será lo canónico de mañana”.

Así, los zapatos puntudos van y vuelven, las camisas por fuera del pantalón sin correa se multiplican, los jeans entubados reaparecen, incontables suéteres ligeros con capucha se observan, los tenis Converse paradójicamente empiezan a desplazar a las renombradas zapatillas Nike y Adidas.

Paralelamente las grandes casas de moda lanzan sus colecciones, las cuales generan una espiral de copias y calcados en contextos próximos y lejanos a aquellos de los “desfiles originales”, al punto que el lujo se falsifica y recicla,

como si esto fuera condición necesaria de su existencia. Del mismo modo, exclusivos hábitos y estilos de vida indisciplinadamente se expanden, unos y otros reciclan, y todos desafortunadamente consumimos.

La era del vacío y *El imperio de lo efímero*, donde el narcisismo se enaltece y el individuo adopta una suerte de indiferencia ante los seres y las cosas, no ya decadente o pesimista sino curiosa y tímida, similar al consumidor que llena su carrito, “ha dejado lugar a una apatía inducida por el campo vertiginoso de las posibilidades y el libre servicio generalizado” (G. Lipovetsky 2002: 42), al tiempo que los objetos para consumir pierden utilidad, dando lugar a otros productos que más tarde serán desechados, pues el imperativo de la actualidad avasalla para no caer en la vergüenza de “quedarse rezagado” (Cf. Z. Bauman 2006: 18-19).

No obstante, ante tanta publicidad que nos sigue ofreciendo “la última novedad”, la moda retorna a tendencias antiguas, “como si fuera en las cosas viejas que la creencia había animado, y no en nosotros donde lo divino residiera, como si nuestra incredulidad actual se debiera a una causa contingente: la muerte de los dioses” (M. Proust I, 1954: 425).

Ahora bien, el “no querer-poder dar la cara”, corolario de la rutinaria frase “favor no molestar”, constituye una suerte de ética indolora que, entre más se preocupa por la caridad, la ecología y el respeto a los derechos humanos en los países subdesarrollados, más invierte en un desafortunado cuidado del cuerpo, que guarda relación con los estándares deportivos, al punto que unos centímetros de menos y algunos kilos de más pueden determinar —como en Medellín— una política de salud pública. De modo que las identidades aparentemente durables y sólidas, hoy tan sólo son identificaciones variables y pasajeras de las cuales se puede prescindir, puesto que nadie nos garantiza su certeza ni duración.

Tendencias que tocaban a lo constitutivo de los individuos, como la pertenencia religiosa o la adscripción política, las inclinaciones sexuales y toda clase de gustos culturales, varían y se alteran según los usos y costumbres que paradójicamente consagran lo antes rechazado, y catapultan lo perennemente establecido. Así, similar a lo ocurrido en *La búsqueda del tiempo perdido*, donde la persona más arribista del inicio (Madame Verdurin) se convierte al final en la anfitriona más frecuentada (la princesa de Guermantes), hay sólo un elemento que a pesar de su alteración es constante: la acción del tiempo, el olvido.

Vale la pena evocar una novela bastante ilustrativa de la relación con los objetos que, a propósito de lujo y felicidad, nos recuerda *de otro modo* el paso del

tiempo. Se trata de *Las Cosas* de Georg Perec. En ella, con gran sutileza el autor pone en boca de sus protagonistas esas ansias de desear hasta no saber lo que se desea, esas ganas de satisfacer necesidades hasta no comprender lo que se necesita.

Pues bien, mucho antes que las reflexiones filosóficas y sociológicas actuales a propósito de la felicidad-infelicidad que genera el consumo, la literatura nos ilustra significativamente sobre esas “sacralidades profanas”, donde se dibuja una inadecuación fundamental: no ya la no-correspondencia entre lo que se quiere y se puede alcanzar, sino una ruptura fundamental con lo que se conquista. Una insatisfacción que a cada paso decepciona, y sólo nos ofrece como única vía a seguir la alocada carrera de alcanzar cosas que, aun poseyéndolas, jamás disfrutaremos.

Más que una desilusión, la situación contemporánea de no saber lo que se desea ni lo que se necesita, descrita bajo el signo de lo “humorístico” por un autor como Lipovetzky, corrobora el campo de lo tragicómico, vehiculado a través de la moda en las relaciones sociales: *esto y aquello* y *ni esto ni aquello* nos seduce, obligándonos a ingresar cada vez más al mundo de la ficción, donde ya no importa el contenido sino el continente, no tanto la materia sino la manera, ya no más la función sino la forma. Es allí donde se percibe un profundo silencio de las instituciones que, ante la demanda de sentido de los individuos, responden torpemente con normas.

Normas que nadie va a cumplir pues lo que importa no es lo enunciado sino lo dicho, lo cual traducido al terreno de lo público indica un jocosos malestar: poco valen las “políticas de civilización” que se implanten en el mundo, lo que cuenta son los escándalos. Más que privatizaciones o despilfarros orgiásticos, el límite de lo aceptable se encuentra con nuevas construcciones de lo puro. Lo peligroso de las modas de hoy, *tendiente a ser intrínsecamente malo en quien no lo porte*, es lo intolerable.

Es por ello que vale la pena agradecer que algunos diseñadores, como Francesca Miranda, hayan puesto su mirada como “abrebocas” en la MATERIA Y MEMORIA VIVA de los vestigios arqueológicos de los antiguos habitantes del Alto Magdalena, temática que nos ilustra y desafía a fijarnos en texturas y trazos que supieron valorar la vida y la muerte, no tanto como un “más allá”, sino justamente estando “a la altura de lo cotidiano”.

Medellín, 24 de julio de 2013.

BIBLIOGRAFIA

Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*, Anagrama, Barcelona, 2002.

Zigmunt Bauman, *Vida Líquida*, Paidós, Barcelona, 2006.

Marcel Proust, *A la recherche du temps perdu I*, Paris, Gallimard, 1954.